

Me gustan las cicatrices que se notan, que se pueden tocar. ¿Alguien tiene una cicatriz?

Por Marcela Parada*



Afiche de *Tarde para morir joven* (2018)

Es finales de los años ochenta y verano en el hemisferio Sur. El período escolar termina y, junto a las vacaciones, las fiestas de fin de año se aproximan. *Tarde para morir joven*¹ (Dominga Sotomayor, Chile, 2018) nos ubica junto a un grupo de familias que para entonces viven en comunidad a los pies de la cordillera en Santiago de Chile. En sintonía con el paisaje, el gran

¹ 71° Festival de Cine de Locarno: Leopardo a la Mejor Dirección, Competencia Internacional, 2018; 56° Festival Internacional de Cine de Gijón: Mejor Dirección y Mejor Dirección de Fotografía, Competencia Internacional, 2018; 48° Festival Internacional de Cine de Rotterdam: Premio KNF, Bright Future, 2019; 17° Chipre Festival Internacional Días de Cine: Mejor Director, Glocal Images, 2019.

clan habita casas de madera que construyeron en medio de la naturaleza, abrigados por las montañas, los grandes árboles y la sombra de su follaje; mientras el agua brota libremente de los manantiales y se asienta en piscinas naturales. El pueblo está más abajo, a donde se puede llegar por amplios caminos de tierra y en donde la noche emerge, en medio del retiro, con la grandiosa posibilidad lumínica de un cielo estrellado. La ciudad está aún más lejos. Una metrópoli que se adivina, como tal, extensamente poblada en medio de la bruma de allá abajo. Como contrapunto, aquí en la comunidad se respira. Alejados de la ciudad y sus avances modernos, se habita en un territorio sin tendido eléctrico, sin teléfono y sin tecnologías de avanzada. El panorama parece reconfortante.



Fotograma de *Tarde para morir joven* (2018).

En *Tarde para morir joven* asistimos en pantalla al proyecto de hábitat de una comunidad ideal, en el que se desliza la nostalgia del paraíso perdido. La posibilidad de vivir de otro modo entra a cuadro, como si la candidez de un tiempo en el que todo era más simple fuese posible de recuperar. No obstante,

en el mito del paraíso perdido ronda, como siempre y desde el inicio de los tiempos, la amenaza. No por nada está perdido.

Si bien la puesta en escena es la de una historia colectiva —la de la comunidad ideal— que atraviesa el desarrollo argumental, poco a poco, en el gran clan, identificamos a algunos de sus integrantes: Clara, Sofía y Lucas.

Clara, tiene alrededor de 10 años y vive con sus padres en la comunidad. Una pequeña familia nuclear ampliada por la gran familia que configura el gran clan. La niña, acompañada por su perra Frida, circula con autonomía junto a un puñado de niños en medio de la libertad que otorga el paisaje. En el trayecto del film, Clara será el personaje que observa. Sus diálogos son muy escasos, silencio que puede leerse como representación del mundo interior de una niña y su extrañamiento inocente ante un mundo —en rigor: la vida—, que se desenvuelve alrededor con sus avatares naturales.



Fotograma de *Tarde para morir joven* (2018). Clara observa a su perra Frida.

Sofía es la adolescente que transita disconforme. Tiene alrededor de 16 años y la descubriremos como el personaje de resistencia. La joven vive con su padre y un hermano de unos 8 años. Estamos ante una familia nuclear escindida por la figura de una madre ausente. La llegada desde la ciudad de un joven en moto —Ignacio—, que antes vivía en la comunidad, marcará un quiebre en Sofía. El chico es mayor que ella, tendrá unos veintitantos años. Se reencuentran. Sofía ha crecido desde que se dejaron de ver... Ignacio será el estremecimiento del amor adolescente en Sofía. El despertar a lo posible: pasear juntos en moto y sin casco, fumar un pitillo de marihuana, el primer encuentro sexual.



Fotograma de *Tarde para morir joven* (2018). Personaje de Sofía.

Por su parte, la madre ausente es referida por Sofía, constantemente, como el punto de fuga. Esa madre artista, cantante, que vive en la ciudad de allá abajo, allá lejos. Una figura latente, que se reitera en el imaginario de la joven y que corresponde asimismo a la posibilidad.

SOFÍA. Después de Año Nuevo pesco mis cosas y me voy donde mi mamá.

IGNACIO. La vi tocar hace como una semana en el Café del Cerro. La vi en la tele dando una entrevista por su disco nuevo. ¿La viste?

SOFÍA. Si no tengo tele. Más encima mi papá no está ni ahí con poner un generador.

SOFÍA. Mi mamá viene para Año Nuevo también, y ahí me voy con ella.

IGNACIO. ¿Y qué te dice tu papá de que te vayas a vivir a Ñuñoa?

SOFÍA. Me da lo mismo lo que diga mi papá. No le he dicho.

SOFÍA. Me voy con mi mamá. Viene para la fiesta y después bajo con ella.

(Silencio del padre)

SOFÍA. Lo único que te importa son tus cosas. Por eso ella te dejó.

PADRE DE SOFÍA. ¿Le preguntaste si quería vivir contigo?



Fotograma de *Tarde para morir joven* (2018). Familia nuclear de Sofía.

Lucas es el adolescente que circula, a su modo, adecuado en esta vida de comunidad. Tiene alrededor de 16 años y vive con sus padres. Es amigo de Sofía y en la relación que ambos mantienen podemos deducir que han crecido

juntos. En medio del grupo de jóvenes que integran el gran clan, Lucas encuentra sus propios desafíos. Escribe canciones y prepara un show musical para la fiesta de Año Nuevo en la comunidad. Pero, por sobre todo, está Sofía. Lucas transita enamorado de la chica, tomando siempre una distancia prudente ante ella, dejando que Sofía tome sus propias decisiones, intuyendo su incursión romántica-sexual con Ignacio: “el otro” y buscándola entre el gentío de la celebración de Año Nuevo. Lucas sufre en silencio por las decisiones de Sofía.

SOFÍA. Voy a tener una aspiradora de esas que limpian solas.

LUCAS. ¿Y cómo si no hay luz?

SOFÍA. No voy a vivir acá.



Fotograma de *Tarde para morir joven* (2018). Lucas y Sofía.

El paraíso perdido de Clara

Y ocurre que lo perfecto de una vida ideal en una comunidad ideal se estropea de pronto para la niña. No es posible protegerse de las pequeñas tragedias que

acechan en la próxima esquina, en el próximo día, de Clara, de cualquiera. Frida, la perra, se pierde. La niña la busca, pone carteles. No hay éxito. Una noche, mientras todos duermen, Clara escucha ruidos afuera. Se levanta y se acerca a ver qué es. Son las vacas que merodean por ahí. Seguro que la niña las ha escuchado otras veces, pero la casa es abierta, no tiene protecciones, las vigas que delimitan el espacio habitacional no son —no serían, ahora— suficientes. En esta casa no hay puertas y las ventanas están apenas delineadas como una zona de ventanas, pero no tienen cristales, no hay defensa. Y esta vez, con Frida perdida, la niña se asusta. El miedo entra a cuadro.

El paraíso perdido de Lucas

Sofía está fuera del alcance de Lucas. Su rival es tanto la ciudad de allá abajo como el veinteañero de la moto que ha llegado de ese otro lado amenazante. Y Lucas sumará una siguiente tribulación. Después de la celebración de Año Nuevo, buscando siempre a Sofía, halla a su padre dormido en un sillón junto a una vecina, una recién llegada a la comunidad. Cuando Lucas los ve, la mujer se incorpora rápidamente arreglando su ropa y sale de cuadro. Es evidente lo que ocurrió esa noche de fiesta entre su padre y esta mujer. Lucas observa el sillón desvencijado, donde todavía dormita el padre; una figura, ahora, arruinada. La traición entra a cuadro. En alguna escena, Lucas dice:

LUCAS. Voy a quemar las canciones malas que escribí, como para que no quede registro.

Quemar lo que no salió bien. Como si el fuego pudiese reparar y borrar, para siempre, lo defectuoso.

El paraíso perdido de Sofía

Dejamos antes a Sofía adolescente ilusionada con la posibilidad amorosa entre ella e Ignacio. Pero ocurre que en el trayecto del film, Ignacio va y viene en su motocicleta, desde el pueblo —o desde quien sabe dónde— a la comunidad y, claro, a Sofía. En la chica se instala el desconcierto. Con todo, la entrada a cuadro de este personaje con su motocicleta opera en la chica como símbolo del viaje, la libertad. El anhelado escape para vivir otra vida, allá lejos, allá en la ciudad. Salir de ahí con Ignacio en su motocicleta y para siempre. O salir de ahí con su madre, quien le ha dicho en una breve conversación al teléfono público del pueblo que vendría para Año Nuevo. Pero Ignacio no rescata a Sofía y la madre nunca llega. Después de la celebración del Año Nuevo todo será distinto. Y sí, es distinto, ya es tarde para morir joven.

El paraíso perdido de la comunidad

El sistema de regulación del agua para cada parcela es, un día, profanado. Uno de los adultos de la comunidad interviene, a hurtadillas, el depósito de tuberías que reparte equitativamente el agua para cada cual. Violación del acuerdo de armonía. El candado es vulnerado y el flujo desviado. Una familia, no importa cual, ya no recibirá agua y esta otra familia recibirá ahora más.

En una de las primeras escenas, los adultos de la comunidad discuten la posibilidad de instalar un tendido eléctrico. La compañía pondría el trifásico. ¿Y dónde pondríamos el transformador? ¿Por qué en tu parcela y no en la mía? ¿Cómo podemos decidir algo así?

ADULTO 1. Poniéndonos de acuerdo. Si lo hacemos colectivo o individual.

ADULTO 2. Votemos.

ADULTO 3. No se van a ver las estrellas.

ADULTO 4. Pero podríamos tener lavadora.

ADULTO 5. Es más importante por los incendios.

El tendido eléctrico, cediendo al ingreso de un sistema moderno, proporcionaría luz y agua al colectivo. Pero ninguno, en esta comunidad ideal, tiene la facultad de ejercer poder sobre otro. La autoridad no es de nadie, la jerarquía es horizontal. No hay acuerdo. Y para cuando el incendio irrumpe, ya no hay salida. Es tarde para volver a la decisión de las primeras escenas. Es tarde para muchas cosas ya.

¿Alguien tiene una cicatriz?

En una apreciación general, sería posible referir que en *Tarde para morir joven* asistimos a una película coral y a una de esas historias mínimas que en los últimos años solemos encontrar en el panorama del cine latinoamericano, en donde el héroe del cine clásico cede su lugar al héroe contemporáneo —usted, yo, cualquiera de nosotros. Todas las historias merecen ser contadas desde el pequeño reto y la pequeña acción que conlleva la vida de las pequeñas gentes. Está la búsqueda del sentido, el viaje interior, la observación del tiempo, la observación de la vida, la colección de pequeños momentos, la experiencia atmosférica, en fin. El cine ha cambiado y este es un cine que gana festivales, pero ¿por qué? ¿Qué hay en *Tarde para morir joven* que hace que la crítica la celebre con tanta vehemencia?

Si la comunidad es, como proyecto colectivo, el encuentro con la posibilidad, el personaje de Sofía lo acrecienta aún más, levantándose como ese cuarto de luna faltante que refiere Sartre en *El Ser y la nada*. La luna no llena, en sí misma, no carece en realidad de nada, no es completa ni incompleta, es simplemente lo que es. Y la posibilidad en este personaje opera como la intuición de una totalidad realizada —el disco de la luna llena— que entra a cuadro para una consciencia que espera por su acabamiento.

Inmersos en la vorágine de nuestra época, este cine entra a cuadro para recordarnos lo que ha ido a pérdida. “Me gustan las cicatrices que se notan,

que se pueden tocar. ¿Alguien tiene una cicatriz?”, dice la joven Sofía en alguna escena. Y la cicatriz actúa como símbolo, como huella palpable del tránsito del sujeto, donde la violación del principio de buena fe y la fatalidad gravitan en la experiencia de ser, inevitablemente, humano. Los esfuerzos del sujeto se vuelven —al final del día, al final del film— infructuosos. El experimento ha fallado. Pero podemos, una vez más, recomenzar: Y la posibilidad de vivir de otro modo entra a cuadro, como si la candidez de un tiempo en el que todo era más simple fuese posible de recuperar.



Fotograma de *Tarde para morir joven* (2018).

* Marcela Parada es Magíster en Artes con mención en Teoría e Historia del Arte por la Universidad de Chile; Diseñadora, Licenciada en Estética y Diplomada en Estudios de Cine por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es académica en la Escuela de Diseño PUC en donde funda, en 1999, la línea de Diseño Audiovisual. Desde el 2008, es docente en el Programa Penta UC, Programa de Estudios y Desarrollo de Talentos Académicos. Junto a su labor académica y de investigación, ejerce como profesional independiente en las áreas de diseño audiovisual, guion y video documental. Sus investigaciones han sido publicadas en Argentina, Brasil, Chile, España y México. En el 2016 es investigadora responsable de “Mapa de los estudios de cine en Chile (2005-2015)”, proyecto financiado por el Fondo de Fomento Audiovisual de Chile, cuyos resultados pueden ser consultados en estudioscine.cl. E-mail: marcelaparadap@gmail.com